

ROBERT E. HOWARD



VOLUMEN II
1934

minotauro

ROBERT E. HOWARD

CONAN
de Cimmeria

VOLUMEN II
1934

ILUSTRADO POR GARY GIANNI



timunmas

Conan de Cimmeria. Volumen II: 1934

Publicado originalmente como *Robert E. Howard's Complete Conan of Cimmeria Volume Two (1934)*

© Conan Properties International., L.L.C., 2003

Conan ® (including all prominent characters featured in this volume) and the distinctive likenesses thereof are trademarks of Conan Properties International LLC unless otherwise noted. All contents © Conan Properties International LLC (2005) unless otherwise noted. All rights reserved

© Wandering Star, 2003

© por las ilustraciones, Gary Gianni, 2003

Traducción: © Manuel Mata Álvarez-Santullano

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1211-6

Depósito legal: B. 2.571-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Índice

<i>Prefacio</i> , por Gary Gianni	xi
<i>Introducción</i> , por Rusty Bruke	xiii

CONAN DE CIMMERIA

El pueblo del Círculo Negro	3
La hora del dragón	103
Nacerá una bruja	323

MISCELÁNEA

Sinopsis sin título (El pueblo del Círculo Negro)	385
La historia hasta la fecha...	389
Sinopsis sin título	393
Fragmento sin título	399
Sinopsis sin título (La hora del dragón)	423
Notas sobre <i>La hora del dragón</i>	427
Sinopsis sin título (Nacerá una bruja)	431

APÉNDICES

La génesis de Hiboria, por Patrice Louinet	435
Notas sobre los originales de Conan y su cronología, por Patrice Louinet	451
Agradecimientos	455

CONAN

de Cimmeria



El pueblo del Círculo Negro



I

LA MUERTE SE LLEVA A UN REY

El rey de Vendhya agonizaba. En la noche calurosa y sofocante, tronaban los gongs de los templos y rugían las tubas de caracola. Su estruendo era apenas un eco en la estancia de dorada cúpula donde Bunda Chand luchaba por sobrevivir entre los cojines de su lecho. Tenía la piel morena perlada de sudor, y sus dedos aferraban el tejido de hilo dorado sobre el que descansaba. Era joven; ninguna lanza lo había alcanzado, ni acechaba veneno alguno en su copa de vino. Pero las venas de sus sienes estaban hinchadas como cables azulados y la proximidad de la muerte le había dilatado las pupilas. A los pies de su dosel se arrodillaban las temblorosas esclavas, e inclinada sobre él, observándolo con apasionada intensidad, se encontraba su hermana, la devi Yasmina. Con ella se hallaba el *wazam*, un noble que había pasado toda su larga vida en la corte real.

La muchacha levantó la cabeza en un gesto de repentina cólera y desespero cuando el trueno de los lejanos tambores alcanzó sus oídos.

—¡Esos sacerdotes y sus gritos! —exclamó—. ¡Son tan sabios como indefen-

sas están las sanguijuelas! No, él se muere y ninguno sabe decir por qué. Está agonizando ahora mismo..., y yo, que quemaría la ciudad entera y derramaría la sangre de miles para salvarlo, estoy aquí, impotente.

—No hay hombre de Ayodhya que no muriera en su lugar si tal cosa fuera posible, devi —respondió el *wazam*—. El veneno...

—¡Te digo que no es un veneno! —exclamó ella—. Desde su nacimiento se lo ha protegido con tanto esmero que ni el más astuto envenenador de Oriente podría haberlo alcanzado. Los cinco cráneos blanqueados al sol en la Torre de los Escudos ofrecen testimonio de que hay quien lo ha intentado... sin suerte. Como bien sabes, hay diez hombres y diez mujeres cuyo único cometido es probar su comida y su bebida, y cincuenta guerreros armados custodian a todas horas sus aposentos, tal como están haciendo ahora mismo. No, no es veneno; es brujería: magia negra y horrible...

Calló al instante al oír que hablaba el rey; sus lívidos labios no se movieron, y en sus ojos vidriosos no apareció la menor señal de reconocimiento. Pero su voz se alzó con un tono espeluznante, indistinto y lejano, como si hablara desde más allá de vastos abismos recorridos por el viento.

—¡Yasmina! ¡Yasmina! Hermana mía, ¿dónde estás? No puedo encontrar-te. ¡Aquí no hay más que oscuridad, y el rugido de vientos terribles!

—¡Hermano! —exclamó Yasmina, asiendo su flácida mano con fuerza convulsa—. ¡Estoy aquí! ¿No me reconoces...?

Su voz murió al contemplar el vacío total que era el rostro de su hermano. Un gemido sordo y confuso escapó de la boca del monarca. Al pie de la cama, las esclavas sollozaban de miedo mientras Yasmina, angustiada, se daba golpes en el pecho.

En otra parte de la ciudad, sobre una calle larga e iluminada por antorchas débiles y humeantes, que revelaban un sinfín de rostros morenos de ojos relucientes vueltos hacia lo alto, había un hombre en un balcón de celosía. Un prolongado alarido brotaba de la multitud.

El hombre encogió sus amplios hombros y regresó a la cámara, decorada con arabescos. Era un individuo alto, de compleción compacta y ataviado con riqueza.

—El rey no está muerto, pero ya se entona su canto fúnebre —dijo a otro hombre que, sentado con las piernas cruzadas, aguardaba en un rincón. Este vestía una túnica parda de pelo de camello, calzaba sandalias y se cubría la cabeza con un turbante verde. Su expresión era tranquila y su mirada, impersonal.

—El pueblo sabe que no vivirá para ver otro día —respondió.

El primero le dirigió una larga e inquisitiva mirada.

—Lo que no entiendo —dijo— es por qué he tenido que esperar tanto tiempo para que tus amos actuaran. Si han podido matar al rey ahora, ¿por qué no podían hacerlo hace meses?

—Hasta las artes que tú llamas brujería están sometidas a las leyes cósmicas —replicó el hombre del turbante verde—. Las estrellas también dirigen estos actos. Ni siquiera mis amos pueden alterar la voluntad de los astros. Mientras los cielos no estuvieran en el orden apropiado, no podían realizar esta obra de nigromancia. —Con la uña larga y manchada de uno de sus dedos dibujó las constelaciones sobre las baldosas de mármol del suelo—. La inclinación de la Luna presagiaba males para el rey de Vendhya; reina el caos entre las estrellas, y la Serpiente está en la Casa del Elefante. Mientras dure esta yuxtaposición, los guardianes espirituales no podrán proteger al espíritu de Bunda Chand. Se ha abierto una senda en los reinos invisibles y, una vez establecido un punto de contacto, se ha enviado un gran poder empleando esa senda.

—¿Punto de contacto? —inquirió el otro—. ¿Te refieres al mechón de cabello de Bunda Chand?

—Sí. Toda la materia desechable del cuerpo sigue formando parte de él, unida a su propietario por lazos intangibles. Los sacerdotes de Asura conocen una pequeña parte de esta verdad, así que todas las uñas, el cabello y el resto de los desechos corporales de los miembros de la familia real se reducen cuidadosamente a cenizas, cenizas que a continuación se esconden. Pero, sucumbiendo a las urgentes súplicas de la princesa de Khosala, quien amaba vanamente a Bunda Chand, el rey le dio un mechón de su largo y negro cabello como recuerdo. Cuando mis maestros urdieron la ruina del rey, el mechón, en su cofrecillo dorado incrustado de joyas, fue robado de debajo de la almohada de la princesa en su sueño, y sustituido por otro, de tal modo que no notara la diferencia. Luego, oculto en una caravana de camellos, el mechón verdadero recorrió el larguísimo camino hasta Peshkhauri, y por fin cruzó el paso Zhaibar, hasta llegar a manos de aquellos a quienes había sido enviado.

—Un simple mechón de cabello —murmuró el aristócrata.

—Con el cual se puede arrancar un alma de su cuerpo y llevarla más allá de abismos vacíos —respondió el hombre sentado en la esterilla.

El noble lo examinó con curiosidad.

—No sé si eres hombre o demonio, Khemsa —dijo al fin—. Pocos de nosotros somos lo que parecemos. Yo, a quien los kshatriyas conocen como Kerim Shah,

un príncipe de Iranistán, no tengo más madera de embustero que la mayoría de los hombres. Todos son traidores de una forma o de otra, y la mitad de ellos no sabe a quién sirve. Yo, al menos, no albergo dudas a este respecto; pues sirvo al rey Yezdigerd de Turán.

—Y a los Videntes Negros de Yimsha —dijo Khemsa—, y mis amos son más grandes que el tuyo, pues han obrado con sus artes lo que Yezdigerd no habría conseguido ni con cien mil espadas.

En el exterior, los aullidos del atormentado gentío se elevaban como un estremecimiento hacia las estrellas que tapizaban la calurosa noche vendhya, mientras las tubas de caracola seguían bramando como bueyes agonizantes.

En los jardines de palacio, las antorchas se reflejaban en los yelmos pulidos, las espadas curvas y los corseletes repujados en oro. Todos los hombres de armas de noble cuna de Ayodhya se habían reunido en el gran palacio o en sus alrededores, y cada uno de los grandes arcos de las puertas estaba custodiado por cincuenta arqueros con las armas en la mano. Pero la muerte acechaba en el palacio real sin que nadie pudiera interponerse en su horripilante camino.

En el dosel, bajo la cúpula dorada, el rey volvió a gritar, estremecido por salvajes paroxismos. De nuevo brotó su voz, tenue y lejana, y de nuevo la devi se inclinó sobre él, temblando con un pavor que era más negro que el miedo a la muerte.

—¡Yasmina! —volvió a alzarse aquel grito lejano y agónico, llegado desde reinos inconmensurables—. ¡Ayúdame! ¡Estoy muy lejos de mi casa! Unos hechiceros me han robado el alma desde la oscuridad sacudida por el viento. Pretenden cortar el cordel de plata que me une a mi cuerpo agonizante. Están a mi alrededor, y sus manos son como garras y sus ojos arden con una llama roja en la oscuridad. ¡*Aie*, sálvame, hermana mía! ¡Sus dedos quemán como el fuego! ¡Van a asesinar mi cuerpo y condenar mi alma! ¡Qué es esto que traen frente a mí...? ¡*Aie*!

Al oír el terror de sus gritos desesperanzados, Yasmina empezó a chillar incontroladamente y, llevada por la angustia, se arrojó sobre él. Una terrible convulsión estaba desgarrando a su hermano: sus labios contorsionados escupían espumarajos y sus temblorosos dedos dejaban marcas en los hombros de la chica. Pero entonces la vidriosa negrura se apartó un momento de sus ojos, como el humo de un fuego arrastrado por la brisa, y levantando la mirada hacia su hermana, la reconoció.

—¡Hermano! —sollozó esta—. ¡Hermano...!

—¡Rápido! —dijo él con una voz entrecortada y débil que, no obstante, ha-

bía recobrado el raciocinio—. Ahora comprendo lo que me está llevando a la pira. He hecho un viaje muy largo y sé que he sido embrujado por los hechiceros del Himeliana. Me han arrancado el alma del cuerpo y la han encerrado muy lejos, en una estancia de piedra. Están intentando cortar el cordón de plata de la vida y arrojar mi alma a un vacío negro que sus hechiceros han invocado desde el infierno. ¡Ah! ¡Los siento de nuevo sobre mí! Tu grito y el contacto de tus dedos me han traído de regreso, pero no tardaré en marcharme. Mi alma se aferra a mi cuerpo, pero siento cómo se debilita. ¡Rápido! ¡Mátame antes de que puedan atrapar mi espíritu para toda la eternidad!

—¡No puedo! —gritó ella, golpeándose con los puños los pechos desnudos.

—¡Rápido, te lo ordeno! —Su débil susurro recobró por un instante su antiguo tono imperioso—. Nunca me has desobedecido: obedece mi última orden. ¡Envía a Asura mi alma limpia! Aprisa, no me condenes a una eternidad como un mísero despojo de oscuridad. ¡Golpea, te lo ordeno! ¡Golpea!

Sollozando salvajemente, Yasmina desenvainó un puñal enjoyado de su cinto y se lo hundió en el pecho hasta la empuñadura. El cuerpo de su hermano se convulsionó un instante, y entonces, mientras una sonrisa sombría afloraba a sus muertos labios, quedó flácido. Yasmina se arrojó de bruces sobre el suelo cubierto de juncos y empezó a golpear las esterillas con los puños apretados. En el exterior, los gongs y las tubas tronaban mientras los sacerdotes se abrían la carne con cuchillos de cobre.

